

Consecuencias de la Batalla de Boyacá.

Estudio que obtuvo el primer premio en el Concurso.

(Obras consultadas: Historia de la revolución de Colombia, de Restrepo; Historia de Colombia, de Henao y Arrubla; y Memorias, de O' Leary.)

Para darse cuenta de los resultados de la brillante acción de Boyacá, fecunda en bienes para la libertad americana, conviene conocer siquiera superficialmente el estado en que se encontraban la Nueva Granada y Venezuela. Cuanto a la primera, bien puede decirse que estaba dominada por las fuerzas españolas. Después de la declaración de su independencia, siguiéronse los disturbios intestinos, que echaron a perder todo lo cosechado a fuerza de tesonera labor. Dormidos, si así puede decirse, los patriotas sobre los laureles conquistados, dieron cabida a dañinas discordias, precisamente cuando España se preparaba poderosamente a pacificar sus dominios sublevados. Así fue que, llegada la hora, las fuerzas expedicionarias de Morillo se adueñaron casi totalmente del territorio de la Nueva Granada. Llegadas a Venezuela en Abril de 1815, el Jefe dispuso lo conveniente para la ocupación de aquel país, que acababa de pasar su segundo período de guerra y contaba independiente nada más que la isla de Margarita, último refugio de los patriotas. Habiendo salido de Puerto Cabello en Julio del año de su llegada, Morillo arribó a Santa Marta el mismo mes y resolvió sitiar la fuerte plaza de Cartagena. No viene al caso aquí hablar de los heroicos esfuerzos y de los padecimientos indescriptibles de los cartageneros. La ciudad cayó al fin en poder del formidable ejército sitiador, y tras ella todas y cada una de las otras capitales. En efecto, habiendo dejado Morillo en Cartagena varios cuerpos de ejército, despachó el resto hacia el interior, dividido en cuatro columnas que obtuvieron el más completo éxito, apoderándose de todo el territorio de la Nueva Granada. Sólo un pequeño ejército patriota, bajo las órdenes en un principio del General Serviez, operaba en los Llanos de Casanare y en Venezuela, y éste fue, al decir de los historiadores, el núcleo al rededor del cual formóse más tarde el ejército que había de dar libertad a cinco naciones.

Tal era el estado de la Nueva Granada después de la invasión pacificadora, que llenó de sangre y de luto todas las ciudades de nuestro territorio.

En mejor estado, Venezuela luchaba incansablemente. Bien puede decirse que la expedición pacificadora, que cumplió su cometido en la Nueva Granada, aunque de manera inhumana y cruel, no hizo en Venezuela más que despertar el entusiasmo por la revolución y la independencia. En efecto, en 1814, después del segundo período de guerra de que ya hicimos mención, Venezuela estaba en poder de los espa-

ñoles. Estos, haciendo aparecer las luchas libertadoras como guerra de castas, habían conseguido que los mismos venezolanos de las clases inferiores se ensañaran contra sus libertadores y que prestaran su valioso contingente a la causa del Rey. Empero, llegado Morillo con sus diez mil quinientos veteranos, perfectamente equipados y vestidos con lujo, los americanos viéronse despreciados por los orgullosos europeos, y entonces comprendieron que no habían hecho otra cosa que remachar sus propias cadenas. Así que, tras de su desengaño, vino el resurgimiento de la aspiración por la independencia: guerrillas temibles fueron apareciendo en todo el territorio; primero una, después otra, fueron cayendo en poder de los patriotas las poblaciones; a los pocos de aquí se unían los de más allá hasta formar un cuerpo respetable; y si en veces se experimentaba un descalabro, pronto era compensado por una victoria. De esta manera, al promediar el año 19, los patriotas estaban en posesión de Margarita, de la Guayana, peleaban con éxito en las llanuras del Arauca y del Apure, y hostilizaban a los españoles en el Llano Alto de Caracas, en la provincia de Barcelona y en la de Cumaná.

Conocido así malamente el estado de los dos países, veamos cuáles fueron los resultados del bien combinado plan de Boyacá. Mas para darse buena cuenta de esos resultados—sin entrar a detallar la campaña libertadora y la gloriosa acción de armas con que terminó—conviene tomar también las cosas de un poco atrás, para ver cuáles eran los fines que perseguía Bolívar, y hasta qué punto se cumplieron al coronar su empresa. Pues no es ni lógico ni justo hacer aparecer las consecuencias de una acción tan importante como hijas de la casualidad, toda vez que para la clarividencia del Libertador no se ocultaba en mucha parte lo que habría de suceder.

Los planes de Bolívar en el invierno de 1819 consistían en invadir la provincia de Barinas, no sujeta a las inundaciones, y apoderarse del Occidente de Caracas. Empeñado se hallaba con Páez en llevar a cabo esta empresa, de no muy seguro éxito, cuando tuvo noticias de que Santander, obrando con suma actividad, había organizado en Casanare mil doscientos infantes y más de seiscientos jinetes, y obtenido un brillante triunfo sobre Barreiro, que comandaba tres mil hombres. Resolvió entonces cumplir lo prometido un año antes a los granadinos, y marchar a Nueva Granada, comprendiendo que durante seis meses, los de las lluvias, estarían seguras en Venezuela la provincia de Guayana y el resto de los llanos independientes. Tenía en mira privar así a Morillo de los recursos que sacaba de estas comarcas de la Nueva Granada, que, como ya se sabe, estaban en poder del gobierno español. Garantía de éxito era en estas circunstancias obrar con rapidez, para no dar tiempo a Morillo, pues cuando pensara el Pacificador, residente entonces en Venezuela, oponerse a aquellos proyec-

tos, ya el ejército patriota volvería con fuerzas dobles o triples de las que lo componían. Ponía, pues, a este jefe en la difícil alternativa de o abandonar a Venezuela para acudir a Nueva Granada, o dejar perecer a ésta en poder de Sámano.

Tan bien dispuesto pian—aparte de los detalles sobre la marcha de las tropas y el modo de penetrar en nuestro territorio—no podía en manera alguna dar malos resultados. Así que, justamente, las consecuencias de la batalla de Boyacá se deben en mucha parte a la maravillosa visión del Libertador.

Apuntados ya el estado de las dos naciones y los propósitos del Libertador, pasemos a ver cómo se cumplieron estos propósitos y cuáles fueron las demás consecuencias de la batalla de Boyacá, sin seguir, por no ser del lugar, al ejército libertador en su marcha gloriosa hasta coronar su empresa en el famoso campo.

Consecuencia inmediata fue el miedo que despertó en Sámano y en sus satélites de las provincias, miedo producido por la sorpresa que recibieron y que trajo el consiguiente desaliento en las fuerzas españolas. Teníase por éstas plena confianza en la victoria, por la superioridad numérica, de armas y de disciplina de aquellas fuerzas a guerridas en la guerra con los franceses, que habían venido seguras de vencer a los que consideraban horda indisciplinada de bandidos. Cegados, si se nos permite la expresión, por las salpicaduras de sangre de los cadáveres levantados en todas partes, no veían el Virrey y sus subordinados que por todas partes en Venezuela el entusiasmo latente por mucho tiempo iba prendiendo fogatas que habrían de convertirse en grande incendio.

Por otra parte, Barreiro, jefe tenido como valiente, había hecho creer a Sámano y a los suyos que en el combate del Pantano de Vargas las fuerzas españolas habían rechazado victoriosamente a las de los patriotas. Todo esto contribuyó a hacer mayor la sorpresa, mejor, el pánico del gobierno español de Santa Fé, cuando supo por boca de los fugitivos la derrota de su ejército y el avance de los patriotas hacia la capital. En tan crítica situación no pensó Sámano más que en la fuga precipitada, que verificó el día 9 de Agosto, dejando la capital completamente libre.

Hecho que confirma hasta qué punto obraron la sorpresa y el terror en las fuerzas del Rey, es la derrota sufrida por el Teniente Coronel Antonio Pal en el Cerro de Monserrate. Venía con trescientos hombres de los valles de Boyacá, de donde se había retirado a causa de la batalla de Boyacá y llegó a Monserrate el 10 de Agosto, día en que Bolívar, con una pequeñísima guardia, había entrado en la capital en medio de las aclamaciones generales. Pal, emperó, que con solo bajar a la Capital se habría apoderado de ella y puesto en grave peligro la vida del Padre de la Patria, no se atrevió a entrar, más aún, dejó dispersar

sus fuerzas por los indios de Guasca y Guatavita, que cogieron prisionero al Jefe.

Bien sabido es además que el Virrey hubiera podido, obrando con actividad y sangre fría, oponerse vigorosamente a los patriotas en su marcha, organizando rápidamente tropas y juntándolas a la guarnición que al mando del Coronel Sebastián Calzada salió en fuga hacia Popayán.

El terror, como ya dijimos, se apoderó también de los gobernantes de las provincias. Sábese que el Libertador obrando con la actividad que las circunstancias requerían envió desde el mismo campo de Boyacá tropas a Pamplona y al Socorro. De Santa Fé despachó después al Coronel José María Córdoba a arrojar de la provincia de Antioquia a los españoles y a levantar los pueblos. Además, una expedición al mando del General Soublette se dirigió a los valles de Cúcuta. Dispuso también el Libertador expediciones que fueran la una al alcance de Sámano y la otra en persecución de Calzada, con mandato esta última de ocupar a Popayán.

Apenas el Gobernador del Socorro tuvo noticias de la batalla dejó la capital y se encaminó a Cúcuta. Otro tanto hizo el de Pamplona, Don José Bauzá. De esta manera esta provincia quedó libre, a excepción de los valles de Cúcuta que continuaban por entonces en poder de los españoles. Aterrado también el Gobernador de Antioquia, Coronel don Carlos Tolrá, por la noticia de la batalla y la de la fuga del Virrey, abandonó su gobernación acompañado por treinta soldados y por los españoles y americanos realistas. Poco después salió el doctor Faustino Martínez, Teniente asesor de la provincia. A este tiempo se insurreccionaron los pueblos y, llegado Córdoba, los patriotas proclamaron su independencia el 30 de Agosto. Córdoba envió al Capitán Juan María Gómez a libertar el Chocó. El Gobernador de esta provincia no esperó el ataque, abandonándola, con lo cual quedó independiente a los pocos días, después de que el mulato Simón Muñoz, que huía de Popayán con doscientos hombres, se vio impedido para penetrar y regresó al valle del Cauca.

Grande había sido la fermentación en la provincia de Popayán e iban apareciendo guerrillas en las distintas poblaciones. Alarmado con esto el Gobernador Don Pedro Domínguez, que andaba visitando su provincia, quiso regresar a la capital. Reunió para este fin algunas fuerzas, más fue derrotado en el Guanábano por cuatrocientos paisanos que mandaba el Teniente Coronel Juan María Alvaréz, el 2 de Setiembre. Al día siguiente llegaba a Popayán Calzada con los restos de la tercera división española, que había sacado de Santa Fé. Apenas llegado, envió al Teniente Coronel Don Miguel Rodríguez con quinientos hombres, a destruir las guerrillas que existían en el Valle del Cauca. Atacado Rodríguez furiosamente por las fuerzas patriotas

que mandaba el General Joaquín Ricaurte, se vio precisado a capitular. Sabido que fue por Calzada el triste fin de la expedición por el dispueta, huyó a Pasto con todos los empleados civiles. Popayán fue ocupada poco después por trescientos soldados patriotas que traía de Santa Fé el Coronel Joaquín París.

Pronto quedaron libertadas, pues, las provincias de Santa Fe, Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Mariquita, Antioquia, Chocó y gran parte de la de Popayán.

Consecuencia importante de la batalla fue el entusiasmo indescriptible que causó en toda la Nueva Granada la noticia. El sentimiento patriótico, sofocado por tres años bajo la cruel opresión del Gobierno pacificador, se vio surgir radiante y con mayores energías. Por todas partes ocurrían levantamientos, en todo lugar se preparaban tropas y los granadinos acudían gustosos a alistarse en el ejército. Grandes cantidades de víveres, de ropas y de dinero se recogieron en pocos días, con todo lo cual pronto estuvo reunido un ejército que, estrecho en los límites del propio territorio, llevó, su presente de valor heroico a las más apartadas regiones.

«Acaso—dice D. José Manuel Restrepo—en toda la duración de la guerra de Independencia no se presenta en la Nueva Granada una época de patriotismo más activo y desinteresado de los pueblos y de los ciudadanos, que en los años de 1819 y 1820. Estaba muy fresca la memoria de la sangre derramada por Morillo, por Enrile y por sus crueles satélites, y de su opresión y tiranía.»

Bolívar se aprovechó de este entusiasmo para enviar tropas capaces de oponerse a cualquiera división que pudiera lanzar Morillo sobre el Oriente de la Nueva Granada y para enviar sumas a Guayana con el fin de adquirir toda clase de elementos de guerra. De esta manera se ayudaba a sostener la lucha en Venezuela.

Simultáneamente se organizó el Gobierno. El Libertador dio a cada una de las provincias un gobernador militar y otro civil. El General Francisco de P. Santander, con el título de Vicepresidente, fue encargado del mando supremo. Con actividad y patriotismo atendió a todo el nuevo Gobierno, organizando las rentas, creando la Junta de séquestro de los bienes abandonados por los españoles y fundando escuelas en los municipios y colegios en las capitales de las provincias.

Hicjaremos las cosas en este estado para seguir al Libertador en su viaje a Angostura. Salido de Santa Fe el 20 de Septiembre, dispuso a su paso por Pamplona lo conveniente para oponerse a las fuerzas que, tal cual había previsto, llegaron a los valles de Cúcuta enviadas por el Pacificador. Este era el tardío auxilio que tanto hubiera servido a Barreiro a no ser por la rapidez que, en su bien meditado plan de campaña, se había impuesto Bolívar. Aquellas fuerzas no pudieron obrar porque se lo

impedían las fuerzas patriotas al mando del General Anzoátegui.

El Libertador llegó a Angostura el 11 de Diciembre de 1819. Dio cuenta al Congreso allí reunido de los motivos que lo habían traído a la Nueva Granada y de los triunfos alcanzados en tan poco tiempo. Con su llegada acalló las ambiciones y rivalidades malsanas que existían en aquella ciudad entre los altos personajes y mostró a sus enemigos con cuánta razón había dejado a Venezuela para atender a la libertad de los granadinos.

Expuso entonces al Congreso la idea que venía acariaciando desde hacía algún tiempo de la creación de la Gran Colombia. «La reunión de la Nueva Granada y Venezuela—dijo—es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas; es el voto de los ciudadanos de ambos países, y es la garantía de la libertad de la América del Sur».—«Legisladores! el tiempo de dar una base fija y eterna a nuestra República ha llegado».—«Llamando nuestra República Colombia y denominando su capital *Las Casas*, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres sino a ser considerados bastante justos para saber honrar a los amigos y a los bienhechores de la humanidad».

El Congreso, al decretar la creación de la Gran Colombia, comprendió bien cuán grande era la idea de Bolívar y el fondo justiciero que encerraba. Con ella pensaba hacer el Libertador una nacionalidad fuerte, rica y respetable. Se adelantaba así el grande hombre a su tiempo y quizás al nuestro. La unión de las naciones bolivianas es algo que se impone todavía y que toma fuerza a medida que nuestras nacionalidades van dándose cuenta de lo que son y de lo que deben ser. Aquella idea y la que encerraba la convocatoria del Congreso de Panamá ha sido ampliada después: no otra cosa es la aspiración unionista de la América española, más aún, el panamericanismo predicado en nuestro tiempo, que tiene por lema—restringido hoy—el «América para los americanos». Y últimamente se ha tratado de probar que el Libertador es nada menos que el precursor de la Liga de las Naciones, considerada como el más prometedor resultado de la guerra que, hasta el año pasado no más, devastó a Europa y conmovió fuertemente al mundo todo. Hasta qué punto haya razón para creerlo, no está tarde el día en que se averigüe suficientemente.

Consecuencia de la creación de la Gran Colombia y, por consiguiente, de la Batalla de Boyacá, fue la misión diplomática confiada a D. Francisco Antonio Zea para ante el Gobierno británico. Dicha misión, si no dio los resultados apetecidos, no puede negarse que produjo bienes, y a pesar de todo, era un paso importante en las circunstancias en que se dio.

No nos hemos propuesto al emprender este humilde trabajo, hablar de todas las consecuencias de la batalla de Boyacá, siguiendo a los ejércitos en su marcha por todas las

provincias. Eso requeriría tiempo y capacidades que no tenemos y una extensión exagerada. Así que sólo nos detengamos, como hasta ahora, en aquellos puntos que juzgamos más importantes y que en cierto modo llevan envueltos los demás.

La guerra se continuó después de Boyacá con éxito para las armas de la República.

El 24 de Junio de 1821 se libró entre las fuerzas de Bolívar y las del general español don Miguel Latorre la batalla de Carabobo, que dió la libertad a Venezuela y afirmó la de la Nueva Granada. Por este tiempo y meses siguientes se apoderaban los patriotas de las provincias de la Costa de Nueva Granada, hasta sofocar el último levantamiento en favor del Rey.

Estando el Libertador en Santa Fe en Diciembre de 1821, se preparó para emprender la campaña del Sur. El 7 de Abril del año siguiente triunfó en Bomboná sobre el Coronel Basilio García, quien capituló después de tener conocimiento de la batalla de Pichincha. Esta fue ganada por el Gral. Antonio J. de Sucre el 24 de Mayo de 1822 y tuvo como consecuencia la libertad del territorio que comprendía la Presidencia de Quito. Cinco días después se declaró en esta ciudad la anexión a Colombia. En Agosto del mismo año entró a hacer parte de ésta también la provincia de Guayaquil, que desde antes había obtenido su independencia.

En la Nueva Granada ocurrieron por este tiempo y años siguientes algunas sublevaciones, pero fueron sofocadas y al fin el territorio quedó libre de enemigos.

Bolívar había sido llamado del Perú en 1822 para que fuera a darle libertad. El 6 de Agosto de 1824 libró la batalla de Junín, perdida por el Gral. realista José Canterac, y el 9 de Diciembre de aquel mismo año, el General Sucre, encargado por Bolívar del mando de las tropas, derrotaba en el glorioso campo de Ayacucho al Virrey del Perú Don José La Serna. Con esta batalla desapareció el mejor ejército español y el último que combatió en América por la corona española. Al día siguiente de esta grande acción escribía Sucre a Bolívar: «Está concluída la guerra y completada la libertad del Perú.»

Hase creído por muchos que la batalla de Boyacá tuvo mucha influencia en la insurrección de Riego en España [1820], que tuvo por objeto proclamar la constitución española de 1812, que había sido declarada nula por Don Fernando VII al ser restituido al trono. Lo cierto es que las fuerzas insubordinadas en Cabezas de San Juan estaban destinadas a la pacificación de América y listas ya a embarcarse. Bolívar, en el aniversario de la gran jornada, decía que «era el día que había dado la vida a Colombia y la libertad a España».

Hay para nosotros un hecho que consideramos como consecuencia la más importante de Boyacá, porque de él

puede decirse que dependió la terminación de la guerra emancipadora. Este es: el reconocimiento de la superioridad militar de Bolívar y el afianzamiento de su prestigio.

Siempre las magnas empresas requieren una gran inteligencia y una voluntad de hierro, o en otras palabras, necesitan el prestigio del genio, único capaz de llevarlas a término. Y antes de Boyacá, el genio que requería la portentosa empresa de nuestra libertad, aunque columbrábase, no se había dado a conocer lo bastante. El prestigio de Bolívar no se había afirmado hasta entonces como se necesitaba. Es cierto que algunos veían ya en él al hombre privilegiado, pero en cambio otros le salían al paso con intrigas que obstaculizaban su empresa.

Nos vamos a permitir mencionar aquí rápidamente algunos sucesos anteriores a la campaña libertadora de Boyacá, que servirán para sacarnos verídicos en nuestro aserto.

Habiendo los españoles derrotado a los patriotas en Aragua, Venezuela, en 1814, Bolívar dirigióse con los restos del ejército a Cumaná. A ésta encamináronse igualmente los Generales Ribas y Piar. El General Mariño, cuando supo la derrota de los republicanos, publicó la ley marcial y resolvió concentrar en Güiría todas las fuerzas y recursos que tenían los patriotas. Sólo esperaba al Libertador para acordar las operaciones que habían de emprenderse. El 25 de Agosto llegó aquél, y cuando trataba con Mariño y los otros jefes lo que debiera hacerse, supieron que el italiano Bianchi, jefe de la escuadrilla patriota que había en las costas inmediatas, trataba de hacerse a la vela, llevándose los caudales, armas y pertrechos que se le habían confiado. Con esta noticia, Bolívar y Mariño, abandonando su viaje a Güiría, tuvieron que embarcarse con el fin de persuadir a Bianchi que entregara lo que pensaba llevarse. Al cabo, después de muchas luchas, consiguieron que pusiera a disposición del Gobierno de Margarita todos los elementos dichos, y que les entregara parte de la escuadrilla. Al regresar los dos jefes a la Costa-Firme, al puerto de Carúpano, encontraron una gran novedad: los oficiales republicanos que dominaban en aquella Costa, habían convenido la proscripción de Bolívar y Mariño, pretextando el que habían abandonado el ejército para ellos ponerse en salvo. Arrastrados por los promotores de aquel desorden, los habitantes de Carúpano se amotinaron. Mariño fue puesto en prisión y a Bolívar se le destituyó con la mayor ingratitud e injusticia.

El Congreso de nuestra patria dio una muestra de la confianza que tenía en el Libertador, en 1814. Bolívar había emprendido el año anterior la campaña para liberar a Venezuela, partiendo de Cúcuta con quinientos valientes entre los que iban los que había enviado el Presidente de Cundinamarca Don Antonio Nariño. Esta expedición que en un principio obtuvo brillantísimos triunfos, fracasó al fin. Vuelto el Libertador a Nueva Granada encaminóse a Tunja, donde estaba reunido el Congreso, a dar

cuenta de su expedición. El Congreso lo recibió con consideraciones y resolvió ponerlo al frente del ejército que se encaminaba a obligar a Cundinamarca a que hiciera parte de las Provincias Unidas. El éxito de esta nueva empresa no fue, empero, bastante a impedir el rechazo sufrido por Bolívar el año siguiente en Cartagena. Aquél, por orden del Gobierno de Santa Fé, salió con tropas con el propósito de emprender campaña en Santa Marta y Riohacha, que se hallaban en poder de los españoles. Cartagena nególe para tal objeto todo auxilio por mezquinas rivalidades y Bolívar tuvo que embarcarse para Jamaica.

Después del combate de los Aguacates [Venezuela], en que las fuerzas de los independientes se vieron derrotadas por las realistas, [1816] Bolívar dio orden al General Mac-Gregor de que siguiera a Choroni. Esta misma ruta debían seguir los restos que comandaba el Mayor General Soublette. Bolívar partió para el puerto de Acumare el 14 de Julio por la tarde, y anunció que volvería aquella misma noche. Su objeto no era otro que hacer embarcar el parque para que fuera trasladado a Choroni. Efectivamente, ordenó al Mayor General de Marina Villaret que verificara el embarque en el bergantín *Indio Libre*, pero este Jefe, que no confiaba en el capitán del buque dicho, manifestó que era preferible hacerlo en dos goletas mercantes que había a la sazón en el puerto, y púsose a la obra. Estando en esto llegó al puerto el ayudante del Libertador Isidro Alzuru, a quien había dejado en la población de Ocumare para que sirviera de medio de comunicación entre él y Soublette, y sin saberse por qué, dijo al Libertador que los enemigos estaban entrando en la población y que las tropas retirábanse a Choroni, comunicación esta completamente distinta de la que se le había ordenado llevar al Libertador. Este, casi solo y cercado de enemigos se embarcó en el *Indio Libre* y dio orden a las embarcaciones de marchar a Choroni. Verificólo el bergantín, mas las goletas siguieron hacia la isla de Bonaire. En vista de lo cual, el bergantín persiguiólas para obligarlas a cumplir lo prescrito, mas alcanzadas, temióse se escaparan a favor de la obscuridad y Bolívar resolvió marchar a Bonaire. Cuatro días después, obligadas las goletas por el arribo de la escuadrilla de Brion, Bolívar siguió a Choroni, que encontró en poder de los realistas y tocó en Chuao, donde supo que la división republicana habíase internado en los valles de Aragua. Entonces regresó a Bonaire, donde se le unió el Coronel José Francisco Bermúdez y ambos se dirigieron al puerto de Güiria. Como en 1814, este suceso fue causa de que se le acusara de nuevo al Libertador de haber abandonado a sus compañeros. «En efecto, en Güiria encontró patriotas pero no amigos.» Bermúdez, desde que pisó tierra no dejó un momento de intrigar contra él, y Mariño, que se creía llamado al primer puesto en las provincias orientales de Venezuela, mostró entonces cómo eran de insinceras sus amistades con el Libertador. El 22 de Agosto

(1816) hubo una asonada contra el Jefe Supremo y se desconoció su autoridad. Asesinos subalternos de Mariño atentaron contra Bolívar y el mismo Bermúdez tiró contra él su espada. Vióse entonces precisado el Libertador a abandonar a Venezuela y siguió a Haití, de donde había de venir más tarde con otra nueva expedición a Venezuela.

Hallábase Mariño en Cariaco, [1817], donde habría juntado mil hombres, cuando presentóse el Canónigo Cortés Madariaga, exaltado demócrata que participó en la primera revolución de Caracas. Monteverde lo había enviado preso a España, pero, fugado, pasó a Margarita, donde publicó un manifiesto recomendando el establecimiento de un gobierno representativo. Venido después a Cariaco, insinuó a Mariño aquellas ideas, quien las acogió, y convocó el *Congreso de Cariaco*, famoso por ridículo en la historia de Venezuela, que tuvo entre sus fines principales desconocer la autoridad de Bolívar.

Cuando se reunió el mencionado Congreso, el Jefe patriota Piar, quien tenía rivalidades con Bolívar y lo obedecía con disgusto, trató de establecer, de acuerdo con el General Arismendi, un Consejo de Generales, con el fin de limitar la autoridad del Libertador. Desenbierto todo por éste, lo hizo fracasar. Piar pidió entonces licencia para retirarse, y la consiguió después de repetidas instancias. Llegado a Upata, comenzó otra vez a desarrollar sus malignos proyectos, despedazando el crédito de Bolívar y procurando la desobediencia al mismo. Trasládose después a Angostura, donde continuó sus maquinaciones. Descubierta toda otra vez, dispúsose lo conveniente para cortar el mal, y puesto preso el conspirador se le condenó a muerte y se le ejecutó —con gran pesar del Libertador— como eficaz medida para evitar tamaños males.

Pudiéramos citar aún otros varios desconocimientos de la autoridad del Libertador, pero parecen del todo innecesario. Lo dicho hasta aquí basta para probar cómo se conspiraba contra el jefe Supremo, y cómo las rivalidades de muchos Jefes contribuían a demorar el día de nuestra emancipación.

Sólo después de Boyacá vino a acentuarse su superioridad y a reconócersele como el hombre capaz de derrocar un poder tres veces secular. No otra cosa dicen los ruidosos homenajes tributados a él en todas partes; los grandes elogios que se le rindieron en Angostura y en otros lugares; la entrada de la provincia de Guayaquil a hacer parte de Colombia, consiguiíala gracias a su influencia; y los repetidos llamados que se le hicieron del Perú insistentemente para que fuera a coronar su obra libertadora en aquel país.

Cierto que, después, traiciones y conspiraciones como la de Septiembre vinieron a amargar los últimos días del Padre de la Patria; empero, habíase entrado en una época en que ya no necesitábase su espada triunfadora, y si es cierto que Bolívar era no sólo un genio militar sino también un gran legislador y un gran gobernante, lo es igual-

mente que había otros de quienes la Patria podía esperar grandes beneficios.

Resumiendo ahora los puntos importantes, diremos para concluir, que la batalla de Boyacá produjo cuatro grandes resultados: el terror del gobierno español y de sus ejércitos, que trajo a su ánimo la persuasión de la ineficacia de los medios ante el ideal emancipador; el entusiasmo de los americanos que los colocó a la altura y más arriba de los aguerridos soldados peninsulares y que los llevó a sacrificarlo todo por su libertad; la creación de la Gran Colombia, obra del que es considerado hoy como precursor de todos los movimientos unionistas de la actualidad; y el reconocimiento de la superioridad militar de Bolívar y el afianzamiento de su prestigio—causa de todas las victorias que siguieron—que hizo bella y grandiosa realidad del sublime delirio de Casacoima.

Fernando Gómez Martínez

(Del «Ateneo Nuevo»)

Consecuencias de la Batalla de Boyacá

ESTUDIO FAVORECIDO CON EL SEGUNDO PREMIO

Al Dr. Jesús Antonio Hoyos, espíritu eminentemente generoso y comprensivo.

Todo fue grandioso y peregrino en aquella jornada que culminó el 7 de Agosto de 1819. Desde su inspiración casi repentina que fulguró en la mente de Bolívar al conocer los éxitos de Santander en Casanare y ante la hostilidad de la naturaleza que amagaba paralizar sus proyectos en las llanuras del Apure y retardar por varios meses las operaciones sobre Venezuela; desde el acto de trepar la escarpada cordillera de los Andes, con sus rocas altísimas y sus hondos precipicios, cuya realización sólo ha tenido un hecho semejante durante los siglos, en el paso de los Alpes por el General Cartaginés; desde toda esa miríada de obstáculos cuya sola enunciación pone pavor en el ánimo más firme, hasta esa épica batalla del Puente de Boyacá en que el ardor de los combatientes y el anhelo de la victoria encendieron los fusiles, enloquecieron las espadas e hicieron revivir en aquellos campos una pléyade de centauros, como si todo conviniera a hacer de aquél un hecho memorable, de cuyo éxito dependía la liberación de un continente, y cuyas consecuencias, como ondas poderosas, irían ampliando sus anillos indefinidamente hasta dar al espectador el espejismo de las cosas eternas.

En la vida de los pueblos—aun en la de aquéllos que apenas comienzan a destacar su personalidad y en los cuales parece, por muchas y muy variadas circunstancias entre las que sobresale su constante evolución, que no debiera haber nada definitivo—hay acontecimientos que marcan

época en el transcurso de su historia, que son como mojoneros indicadores de que una nueva era ha principiado para ellos, y que constituyen para el observador una verdadera atalaya desde donde puede otear el porvenir, interpretar con criterio alto los sucesos posteriores e indagar qué influencias han tenido sobre éstos, qué corrientes sumaron a la dinámica universal, cuántas transformaciones impulsaron y qué beneficios ha recibido la humanidad de su realización. Tal sucede con la batalla de Boyacá.

Lo primero que sorprende al volver esta página gloriosa de nuestra historia es el entusiasmo desbordante que prendió en los pechos granadinos el incendio de Boyacá. Con razón decía Bolívar en el Congreso de Angostura: «El delirio que produce una pasión desenfrenada es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad». Hay que figurarse el despertar de una raza oprimida sobre cuyo dorso debilitado imponían afortunados tiranos la más agresiva de las soberanías; hay que pensar en el encono de aquellos hombres que oían por los cuatro puntos del horizonte el lamento de sus hermanos que caían al golpe de la espada pacificadora y el rugido de fiera acorralada que salía de las ciudades en muchas de las cuales no había un pedazo de tierra que no estuviera humedecido con sangre de algún héroe, ni un lugar público que no hubiera sido testigo de un martirio; hay que considerar el fermento de aquellos espíritus que, altivos y todo, tenían que besar la mano azotadora si no querían morir como perros en las plazas, cuando no en las encrucijadas, dejando a merced de sus verdugos los seres más queridos. Hay que reflexionar sobre todas estas cosas para deducir la magnitud de aquel torrente de patriótico entusiasmo que inundó el organismo de la Nueva Granada y llevó calor y vida no sólo a las más apartadas regiones del país, sino también a las naciones hermanas que anhelaban la independencia.

Dijérase que los ejércitos victoriosos del 7 de Agosto se habían multiplicado, como en las justas homéricas, para llevar a todos los confines, con rapidez insuperable, sus armas triunfadoras, y en lo alto de sus banderas el signo de la Libertad. Y como esta deidad es foco ingente que turba el sosiego de los déspotas y llena de pavor el alma de los tiranos, se inició la desbandada de los que se creían, por derecho divino, únicos árbitros de los destinos americanos. La comenzó el Virrey Sámano, cuyo temor era tan grande como había sido su crueldad; y en pos de él, José Bauzá, de Pamplona; Carlos Tolrá y el Dr. Faustino Martínez, de Antioquia; Juan Aguirre, del Chocó, y todos esos mandarines más o menos arbitrarios que oscurecieron por muchos años el horizonte libertario de la Nueva Granada. Lo cierto es que no habían pasado muchos días cuando en las provincias de Santa Fe, Tunja, Socorro, Pamplona, Neiva, Margarita, Antioquia, el Chocó y en la mayor parte de Popayán ondeaba triunfante el pabellón independiente, y las alegres dianas de la Libertad habían resonado en el cora-